

CAPITULO V.

Visita de Cortés á Motecuhzoma y reconocimiento de la ciudad.—Tesoro de Axayacatl.—Sucesos de Nauhtla.—Prision de Motecuhzoma.—Injusto y atroz suplicio de Cuauhpopoca.—Sumision del monarca aztecatl al rey de España.—Pánfilo de Narvaez.

Al siguiente dia pagó Cortés la imperial visita, ocupándose bajo el pretexto de la curiosidad natural en todo viagero, de examinar la ciudad, conocer sus avenidas y puntos estratégicos. La descripción que nos ha llegado de Tenochtitlan no puede ser sospechosa, supuesta la idoneidad de los testigos presenciales que la hacen (Cortés, Bernal Diaz, Alonso de Ojeda, Andrés de Tapia, Alonso de Mata y el Conquistador anónimo) y por ella nos consta la admiración que les causó hallar una ciudad tan grande, tan hermosa y tan poblada.

Pasadas estas atenciones, se ocupó en levantar un altar al verdadero Dios, y encontrando en el palacio la señal de una puerta tapada, hizo abrirla, encontrando en aquella pieza el inmenso tesoro de Axayacatl; despues de lo cual cayó en una completa inacción, por lo que temeroso de ser destruido por los mexicanos pensó en apoderarse de la persona del Emperador.

No hallaba pretexto alguno, mas sirvióle de tal la carta que le llevaron de Veracruz dos tlaxcalteca, la cual recibió el 14 de Noviembre, en la que se le referia un hecho de armas de funestas consecuencias. Fué el caso que resistiéndose los cempoalteca á pagar el tributo prevalidos de su alianza con los castellanos, Cuauhpopoca jefe de las guarniciones de Nauhtla y Tochpan y señor de Coyahuacán, los amenazó con la fuerza; mas como el capitán Juan de Escalante acudió en socorro de los rebeldes con cuarenta infantes españoles, tres ballesteros, dos escopeteros, dos mil indios y dos cañones pequeños, trabóse un serio combate en el cual, aunque Cuauhpopoca fué derrotado, costóles caro el triunfo, pues tuvieron varios heridos entre los que se contó el mismo Escalante que murió á los dos dias, un caballo muerto y un español prisionero, el cual fué degollado y su cabeza presentada á Motecuhzoma en señal de que no eran inmortales.

Con tal noticia se presentó al Emperador el Capitan acompañado de Alvarado, Sandoval, Velazquez de Leon, Avila y Lugo y despues de recibir los acostumbrados y valiosos regalos, le echó en cara su deslealtad, acusándolo de haber ordenado aquel suceso. Motecuhzoma palideció declinando al punto toda la responsabilidad en el jefe que tal hecho cometió, dando completa satisfaccion y ordenando luego que le llevasen presos á Cuauhpopoca y sus cómplices.

Mas como aquel suceso era solo un pretexto, á pesar de todo insistió D. Hernando en que debia pasar á su cuartel donde gozaria de amplia libertad y á pesar de que mucho se resistió el abatido aztecatl, cedió al fin intimidado por las señales de impaciencia que dió Velazquez de Leon y por las palabras amenazadoras que D. Marina le comunicó.

Pasó en consecuencia al edificio que ocupaba el ejército invasor, mandando que todos sus súbditos depusieran la actividad hostil que comenzaban á tomar, pues por su voluntad habia dado aquel paso que le habia sugerido Huitzilopochtli: "Repetidas veces, dice el mas notable de nuestros historiadores contemporáneos, por medio de los embajadores prometióle Cortés pagarle sus favores *con buenas obras*; con creces le cumplió la palabra. Si como hombre y caballero, hubiera faltado en sus tratos con un europeo, D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio; pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta supercheria la aceptaba como agudezas del ingenio. La prision de Motecuhzoma como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido irrita."

En principios de Diciembre trajeron á Tenochtitlan prisioneros á Cuauhpopoca, á su hijo y á quince nobles los que se pusieron á disposición de Cortés, quien habiéndolos interrogado sobre la muerte de sus compatriotas, respondieron con entereza que ellos se las habian dado sin la orden del monarca, en cuya virtud los condenó á todos á ser quemados vivos. Horrible sentencia que no reconocía ningun justo fundamento; pues aquellos hombres no habian cometido delito alguno: si habian peleado era porque los extrangeros se habian entrometido en sus interiores asuntos dando ayuda á los rebeldes; si Escalante habia muerto, esto habia sucedido en buena lid, y en fin si aquel suplicio se les imponia por el prisionero que habian degollado, era cometer una odiosa inconsecuencia.

Diez y siete hogueras se prepararon para ejecutar aquella bárba-

ra venganza, y mientras Cuauhpopoca y sus infelices compañeros sufrían aquel tormento en presencia de una muchedumbre espantada, los conquistadores pusieron grillos à Motecuhzoma, de suerte que no encuentra uno que admirar mas, si el heroismo de las víctimas que mueren con la mayor entereza sin prorrumpir una queja, la crueldad de los castellanos ó la cobardia y perfidia del monarca mexicano, que entrega à sus enemigos à los que valientemente los combaten y se deja humillar y encadenar.

A fines del mismo Diciembre envió Cortés una seccion de sus tropas à Texcoco dirigida por los príncipes acolhua Nezahualquenzin y Tetlahuehuezquititzin, hijos del rey Nezahualpilli mas al partir de México alcanzólos un correo que Motecuhzoma les enviaba y como le hablara aparte à Nezahualquenzin recomendándole de parte del soberano à aquellos blancos, y estos no entendieron lo que le dijo, creyendo que se trataba de una celada le dieron de palos al desgraciado príncipe y lo llevaron à la presencia de Cortés que, sin mas averiguacion, lo hizo ahorcar en el acto.

Despues de esto pasaron cinco meses en aparente inaccion, pues como Cortés con gran sagacidad queria y procuraba representar mas bien el político papel de negociador pacífico, que el de guerrero conquistador, no tenia pretexto alguno para obrar en el sentido que deseaba desde el momento en que Motecuhzoma se habia sometido à su voluntad.

En aquellos meses sin embargo, el Capitan obtuvo cuantas noticias deseaba sobre la organizacion del pais, elementos de que disponia, costumbres que en la guerra observaba, medios de ataque y sobre todo lo que podia interesarle, viviendo él y su ejército entregado à una vergonzosa molicie, cometiendo à este respecto mil desmanes.

Creciendo su audacia en proporcion de la pusilanimidad del prisionero monarca, produjo necesariamente una reaccion; Cacamatzin rey de Acolhuacan y Totoquihuatzin soberanos de Texcoco se manifestaron descontentos, retirándose de México; pero como Motecuhzoma los mandara llamar para reprenderlos por su disgusto con los blancos y ellos no vinieran, los mandò entònces aprehender y los entregó al conquistador que al punto los cargó de cadenas y los depuso de sus tronos nombrando en su lugar à Cuicueicatzin.

No reconoció ya limites la conducta del Capitan, así es que con-

siderándose bastante fuerte, propuso à su imperial cautivo que se sometiera abiertamente al monarca de Castilla, segun se lo habia ofrecido, à lo que se prestò luego. Reunidos al efecto Cacamatzin, Totoquihuatzin y demás prisioneros à quienes para esto les quitaron las cadenas, y otros distintos miembros de la nobleza azteca, Motecuhzoma les manifestó la necesidad que habia de hacer lo que se les habia pedido, à lo que consintieron sin replicar palabra por el gran respeto y profunda veneracion que le profesaban. Repitióse al siguiente dia la junta en presencia de los españoles, y por ante el Escribano Pedro Fernandez fué prometiendo cada uno obediencia al rey de España, en cuya virtud expidió el correspondiente testimonio, que sirvió de título justificativo de la nueva dominacion; como si un monarca pudiese disponer de la independenciam de sus súbditos y pudiesen considerarse válidos los actos ejecutados sin libertad!

El primer resultado del vasallaje fué el tributo que se exigió y que en abundancia entregó Motecuhzoma, mas no contentos todavia aquellos codiciosos españoles, se esparcieron por los alrededores cometiendo todo género de tropelías: en Texcoco Pedro de Alvarado aplicò el tormento de echarles en el estómago breva ardiente à Cacamatzin, Totoquihuatzin y demás señores de aquel lugar que tenían prisioneros, à quienes pèrfidamente les habian ofrecido su libertad en cambio del oro que recibieron.

Por estos medios alcanzaron reunir un enorme tesoro, pues solo el oro que fundieron en barras, sin contar las joyas, piedras preciosas y otros objetos de valor, llegó à valer la suma de tres millones quinientos mil pesos por lo ménos.

En cambio de todo esto, la situacion del extremeño habia empeorado considerablemente; pues el trato de los mexicanos con los blancos los habia acostumbrado à verlos como hombres, quitándoles el prestigio que al principio tenían; su licenciosa vida los habia hecho odiosos; por otra parte ya no tenia objeto su permanencia, una vez que habian logrado la sumision al reino castellano, que decian era el único móvil de su viaje.

Por esto el rey azteca le exigió que saliera cuanto àntes de sus dominios, pues su pueblo se encontraba irritado y no teniendo Cortés razones que oponer, excusó su demora con la falta de naves en que emprender se viaje. Era aquel hombre tan astuto, que aun

esta terrible advertencia aprovechó, pues conociendo la absoluta necesidad que tenia de algunas bergantines para cualquier lance que pudiera ocurrir, por la situacion de Tenochtitlan sobre las aguas del lago, comprometió en aquella vez al ignorante Emperador, á suministrarle maderas para las naves que, aparentando le servirian para irse á su lejana patria, en realidad estaban destinadas á dominar mejor aquella capital que llamaban Venecia la Rica ó Americana.

Inopinadamente supo Cortés por el monarca mexicano que habian llegado nuevas naves á Veracruz trayendo tropas de españoles, con lo cual esperaba que partiria luego, pues tenia buques á su disposicion. Tal noticia lo llenó de alegría, pensando que podrian ser los refuerzos que por las instancias de Montejó y Puertocarrero, le enviara la Corte; pero pronto se cambió en profunda pena aquel gozo momentáneo; pues Gonzalo de Sandoval que habia quedado en lugar del infortunado Escalante, le avisó que aquellos recién llegados iban enviados por Diego Velazquez con órden de quitarle el mando y volverlo preso á Cuba.

En efecto el Gobernador de aquella isla, que tuvo conocimiento de los descubrimientos de D. Hernando por Montejó y Puertocarrero que tocaron el suelo de su gobernacion, contra los preceptos del Capitan, se apresuró empeñosamente á tomar venganza de la partida pasada, así como á procurar el lucro que aquellos procuradores anunciaban.

Organizó nueva flota y habiéndola puesto á las órdenes de Pánfilo de Narvaez, salió del puerto de Guaniguanico en los primeros dias de Marzo de 1520, llegando á Veracruz un mes despues, habiendo seguido un derrotero idéntico al de las anteriores excursiones.

Se compuso de diez y ocho bergantines con ochocientos soldados castellanos, de los cuales ochenta eran de caballeria, otros tantos eran escopeteros y ciento cincuenta ballasteros, con diez y ocho cañones y mil indios cubanos.

Narvaez que aunque valiente era hombre ligero y jactancioso, se mostró desde un principio sobradamente confiado en las fuerzas de que disponia, así es que envió luego al Padre Guevara y otros dos oficiales acompañados de un Escribano, para que fuesen á intimar obediencia á Gonzalo de Sandoval que, no contando con tropas suficientes, se habia retirado al interior. En la entrevista, negándose

Sandoval á oír la intimacion, y obstinándose los emisarios en hacerla, se exaltaron los ánimos, acabando por ser aprehendidos los representantes de Narvaez, y remitidos luego para México.

Cortés cuando los recibió, tratólos con la política que lo distinguia, así es que bien pronto los cambió en amigos permitiéndoles volver á su campamento.

Habiendo meditado su situacion, se resolvió al fin á partir al encuentro de su enemigo, de suerte que dejando en México á Pedro de Alvarado con ochenta españoles, salió con el resto de las escasas tropas que entónces tenia, pues se hallaban diseminadas en distintos lugares, en los primeros dias del mes de Mayo.

En Cholollan encontró á Velazquez de Leon que con ciento veinte hombres, habia ido á expedicionar á Coatzacoalco y con la llegada de Narvaez volvia á incorporarse á su Capitan, reuniéndose en Tlaxcala con Sandoval.

Rotas las negociaciones emprendidas entre los dos caudillos castellanos, con intervencion de los Padres Olmedo y Guevara y del secretario Andrés de Duero, negociaciones que solo sirvieron para que Cortés conociera los elementos y planes de su contrario, y Narvaez adquiriera mayor confianza; se dispusieron al combate. El enviado de Velazquez estaba posesionado del teocalli de Cempoallan y eran sus tropas tan superiores á las de su rival que no podia creer que hubiera encuentro alguno; sin embargo salió á buscar al enemigo, pero en medio de una lluvia torrencial se volvió á su campamento por no haberlo hallado.

Esta circunstancia y la de estar separados ámbos contendientes por el rio de las Canoas, aumentó de tal suerte su confianza, que al volverse á Cempoallan solo dejó dos centinelas, entregándose al descanso con el mas punible descuido.

Cortés que con su génio militar previó que su salvacion dependia únicamente de una sorpresa, ya entrada la noche atravesó el rio y caminando sobre un terreno fangoso y en medio de la lluvia, llegó en el mayor silencio hasta el punto donde se hallaban los vigías, de los cuales se apoderó de uno escapándosele el otro que llegó al teocalli y refirió el suceso sin que se le prestara el menor crédito, pues atribuyeron á una alucinacion producida por el miedo y por el ruido de la tempestad.

Apresuró su marcha D. Hernando de tal suerte que llegó pocos

momentos despues produciendo en el enemigo una sorpresa completa.

Sin resultado hizo Narvaez disparar su artillería porque estaban las bocas mas altas de lo necesario y en medio de una espantosa confusion el mismo D. Pánfilo recibió una lanzada en un ojo que lo postró en tierra y lo hizo quedar prisionero, con lo que se rindió al punto toda su tropa.

Pocas pérdidas hubo que lamentar en tal asalto, pues los pocos minutos que duró, así como las malas punterías por la oscuridad de la noche, hicieron que apenas tuvieran los vencidos unas quince ó veinte bajas y la mitad los vencedores, de manera que al siguiente dia se encontró D. Hernando con su ejército aumentado con tan considerable número de compatriotas, pues los mas se le incorporaron movidos por sus dádivas y promesas, y esto precisamente en los momentos en que mas necesidad tenia de ayuda por las circunstancias á que habia llegado.

Rindióse tambien la caballería que no habia tomado parte en la ligera lucha porque se hallaba algo distante de Cempoallan, y poco despues se sometió tambien la armada naval á Francisco de Lugo.

Cuando Narvaez vió á su vencedor no pudo ménos que decirle: "Razon tendreis, Sr. Cortés para agradecerle á la fortuna el haberme hecho preso con tanta facilidad," á lo que le contestó, "Mucho tengo que agradecerle, pero lo menos que yo hé hecho en esta tierra es el haberos prendido." Decididamente hablaba entónces con presuncion, porque si la campaña de Narvaez no es el hecho que demuestra mas valor en el conquistador, es sin duda el que revela toda su audacia, su inteligencia y actividad, pues habia tenido que combatir un enemigo cuatro veces mas numeroso é igual en armas, táctica y disciplina.

CAPITULO VI.

Vuelve Cortés á Méjico.—Horrible matanza de Alvarado.—Insurreccion de la capital.—Muerte de Motecuhzoma.—Cuiclahuactzin.—Noche triste.—Batalla de Otompan.

PASADOS los primeros momentos del triunfo, el victorioso general, que deseaba á todo trance consumir sus conquistas y ensanchar sus limites, envió á Velazquez de Leon con doscientos españoles y dos barcos para que fuese á explorar la provincia de Pánuco y á Diego de Ordáz con otros tantos soldados á la de Coatzacoalco, dejó en Veracruz por teniente gobernador de Sandoval á Rodrigo Rangel, y con seiscientos castellanos, abundantes provisiones y buen número de cañones emprendió su retorno á Tenochtitlan.

Vino á amargar el gozo de Cortés y á trastornar aquellos planes la noticia que le trajeron dos tlaxcalteca de haber ocurrido en la capital sucesos de importancia y de hallarse Alvarado en virtud de ellos reducido á una situacion difícil.

Fuè el caso que acostumbrando los azteca celebrar una gran fiesta en el mes Toxcatl, pidieron permiso para celebrarla al mismo Capitan pocos dias ántes de su partida para el campo de Narvaez, y como se manifestara anuente con sus deseos, hicieron sus preparativos. Ya en vísperas de la fiesta, aquellos indígenas llevaron su consideracion hasta el grado de pedir nueva licencia al *Tonatiuh* como llamaban á Alvarado, quien igualmente concedió el permiso con la sola restriccion de que no llevaran armas.

Llegado el dia, mas de seiscientos nobles mexicanos se reunieron en el átrio del teocalli mayor, ostentando todo el lujo de que usaban en tales ceremonias, y llevando cada uno un gran ramillete de flores, á los sonidos de su música, se entregaron á danzas místicas en presencia de mas de tres mil espectadores; pero cuando se hallaban mas entretenidos llegó Alvarado con sus tropas y despiadadamente empezó á matar sin antecedente alguno á aquella inerme muchedumbre. Rodeada por todas partes, desprevenida, sin poder huir ni defenderse, aquella multitud pereció á los infames golpes de los asesinos, corriendo su inocente sangre en abundantes borbollones!

Tan espantosa carniceria, ejecutada en la principal nobleza pro-

dujo en el pueblo un sin igual descontento y un levantamiento general. No pudo ya soportar aquel pueblo irritado y solo contenido por el profundo respeto que tenia al imbécil monarca, tamaña afrenta: habian tolerado que aquellos advenedizos entraran en su ciudad, les arrebataran sus tesoros, deshonraran sus familias, quemaran á sus compatriotas, aprisionaran á su rey, mas no pudieron sufrir que pèrfidamente asesinaran á todos aquellos á quienes respetaban y querian por ser sus gefes y señores.

Alvarado, el cruel y sanguinario Alvarado que provocò la ira de la muchedumbre, no fué capaz de contenerla; envuelto à poco por los guerreros mexicanos tuvo que replegarse herido en la cabeza á sus cuarteles, á pedirle à Motecuhzoma que arengase á sus vasallos y los hiciera deponer su actitud hostil. Amenazado con la muerte, se prestó el débil rey à servir de instrumento à sus mortales enemigos, y desde la azotea del palacio de Axayacatl apaciguó la airada multitud.

Pasàronse los dias siguientes entre parciales combates, fieras amenazas y grande escacés de víveres y provisiones, sin celebrarse el *tianquiztli* ni dar ninguna señal de actividad ó de confianza, en cuya apurada situacion, que á haberse prolongado un poco mas, habria hecho pagar caro, pero justamente, sus iniquidades á aquel puñado de aventureros, los encontró el vencedor de Narvaez.

De Cempoallan se encaminó para Tlaxcalla á donde llegó el 17 de Junio y pasando por Texcoco en cuyo lugar lo esperaba el ambicioso y traidor Ixtlixochitl, llegó por fin á Tenochtitlan el dia de S. Juan Bautista.

Una salva de artilleria anunció á la ciudad la vuelta de los compañeros de Alvarado; Cortés en vista del mal resultado, reprendió à este caudillo su conducta, negòse à hablar con su imperial cautivo y dió libertad á Cuiclahuac señor de Iztapalapan y hermano del soberano para que al punto fuese à ordenar se celebrara el *tianquiztli* y volviera á su habitual estado la ciudad.

Aquel generoso príncipe, heredero presunto del trono, que se habia opuesto desde un principio al pacífico recibimiento de los blancos, que mas tarde habia procurado un levantamiento cuando fué aprendido y encadenado en union de Cacamatzin, léjos de usar de su libertad en el sentido que el Capitan deseaba, se aprovechó de ella para promover la insurreccion.

Bien pronto experimentó la diferencia que habia entre el supers-

ticioso y cobarde Motecuhzoma y su belicoso hermano: al siguiente dia (25 de Junio) se presentó éste con un numeroso ejército, impidiendo la comunicacion con Veracruz y cortando todos los puentes que comunicaban la ciudad con el exterior. Mandò Cortés al punto à Diego de Ordaz con cuatrocientos españoles à detener la marcha de aquel improvisado ejército; pero acometido con vigor y habiendo tenido ocho muertos y muchísimos heridos tuvo que replegarse á su cuartel, á donde no habria podido llegar si D. Hernando no lo hubiese salido à reforzar por diferentes puntos.

Siguió á este combate un asalto al edificio en que estaban alojados y en el que se habian fortificado, y aunque la artilleria causaba incontables pérdidas abriendo repetidas brechas en aquella apiñada chusma, eran tantos y tan valientes los que la formaban que el lugar de los que caian, era luego ocupado por otros, logrando de este modo llegar hasta el muro y prenderle fuego à una parte del cuartel.

A la mañana siguiente hizo el conquistador una salida sin mas resultado que haber quemado algunas casas, pero teniendo al cabo que volverse á sus posiciones. Y como á pesar del uso de tres baluartes de madera movedizos llamados *mantas*, del fuego de la artilleria, los ataques se repitieron con un vigor creciente, el dia 27 en que llegó à desconfiar Cortés de salir bien, repitió para sosegar á sus enemigos, el medio que con tan buen éxito habia empleado Alvarado haciendo que Motecuhzoma arengase à sus airados súbditos.

Luego que estos le vieron aparecer en la azotea, adornado con todas las insignias imperiales, depusieron sus armas y entraron en un profundo silencio; arengólos entònces el monarca exitándolos á que no hicieran mal à los blancos, porque ya iban à retirarse y diciéndoles que estaban engañados si peleaban porque lo creyesen prisionero; pero ante los males que palpaban, y estando ya desprestigiado el rey por su conducta, sin que ni siquiera les tomase de nuevo aquella arenga que tal vez comprendieron al verla repetida, que era un medio que empleaban sus enemigos, el valeroso Cuauhtemoc echándole en cara su cobardia con diferentes denuestos, alzó la cara y templando su arco le disparó sus flechas. Al punto una lluvia de piedras, de las cuales recibió una herida en la frente y dos contusiones en el cuerpo, demostró que habia cesado su influencia sobre su pueblo que ya no lo veía sinó como traidor y amigo de los blancos.

Sin esperanza de contenerlos, se repitieron los asaltos los días 28, 29 y 30 sin que bastara á impedirlos el que Cortés valerosamente les quitara la posesion del teocalli desde donde ofendian impunemente el cuartel, ni las proposiciones de paz que empeñosamente les hizo; de suerte que considerando peligrosísimo el permanecer en el centro de aquella ciudad hostil sin los elementos necesarios para poder salir, resolvió decididamente el hacerlo.

Tomada semejante resolucion lo único que se consultaba era sobre el modo de llevarla á cabo y aunque si de dia se efectuaba tendrían la ventaja de ver al enemigo, examinar el terreno y conservar mejor la disciplina, prevaleció la opinion de que la salida se efectuara de noche, tanto porque habian observado que los mexicanos no combatian en la oscuridad, como por ser mas fácil salir á esa hora sin ser sentidos, influyendo además la prediccion de un pretendido astrólogo Blas Botello que anunció buen éxito para el ejército y malo para él si se salia de noche, y malísimo para todos si la retirada se verificaba en el dia.

Conociendo la topografia de Tenochtitlan, Cortés hizo construir un puente portátil de madera para poder pasar las muchas cortaduras y acequias y dispuso todo para que la retirada se hiciera sin ser sentida.

Del abundante tesoro, separó su parte y la del rey de España, permitiendo que libremente pudiesen los soldados apoderarse del resto, pues no tenia medios de conducirlo con seguridad.

Entre los preparativos de la tarde del 30 de Junio, se cuenta el asesinato del desgraciado Motecuhzoma, de Cacamatzin rey de Texcoco, de Itzcohuatzin señor de Tlatelolco, de Totoquihuatzin, rey de Tlacopan y de otros varios nobles y sacerdotes que tenia prisioneros, pues habiendo observado que cuando mataban algunos de sus caciques ó señores, por de pronto se ocupaban exclusivamente de hacerles exequias y demas ceremonias fúnebres, quisieron los conquistadores ocupar en estos asuntos la atencion de los mexicanos, para salirse entre tanto con mas facilidad. (1)

(1) Muy general es la opinion de que Motecuhzoma murió á consecuencia de la pedrada que recibió y de no quererse curar; pero he adoptado la version de que fué asesinado por Cortés, por creer que es la verdad histórica, convencido por fuertes razones y graves autoridades. Aun ántes de que atacaran á Cortés los mexicanos, cuando volvió de Cempoallan, desairó á Motecuhzoma y no quiso hablarle, de suerte que llegó á decir, olvidando lo mucho que le debía "Vaya para perro que aun no quiere hacer tianguetz, ni

Nuevo rasgo de crueldad é ingratitud en aquellos hombres que así mataban á los príncipes y pacíficos poseedores de aquella tierra, y al mismo emperador á quien tantos beneficios debian y á quien tanto habian engañado!

Así murió Motecuhzoma á la edad de cincuenta y dos años, despues de gobernar diez y ocho. "Si bien es cierto, dice Prescott, que no puede uno ménos que mirar con desprecio la cobardia del monarca aztecatl, algo debemos disculparle considerando que aquella provenia de su supersticion; de la supersticion que en el salvaje hace las veces de la religion en el hombre civilizado."

Cuando sus súbditos encontraron su cadáver no quisieron hacerle exequias ni funerales, sino que aun le negaron sepultura; pero afortunadamente un antiguo mayordomo llamado Apanecatl, que lo encontró, lo quemó sin pompa alguna, recogió sus cenizas y las enterró en olvidado lugar.

Perpetrado aquel crimen y concluidos los preparativos, á la media noche del memorable 30 de Junio despues de haber dicho misa el Padre Olmedo, se emprendió la retirada. Formaban la vanguardia doscientos infantes y veinte ginetes á las órdenes de Sandoval; el cuerpo del centro compuesto de la artilleria, el tesoro y las mujeres iba á las inmediatas órdenes del Capitan y la retaguardia que estaba mandada por Alvarado y Velasquez de Leon se componia del grueso de la infanteria. Sin ser sentidos llegaron á la cortadura de Tecpantzinco en donde se colocó el puente portátil, mas apénas habia empezado á pasar la vanguardia, cuando descubiertos por los centinelas mexicanos, que dieron la voz de alarma, fueron al punto acometidos. Oyóse en el templo el atambor de guerra ó *huehuetl*, hecho de pieles de serpiente, y de improviso en la oscuridad

de comer nos manda dar," lo que demuestra el desprecio en que lo tenia y el injusto enojo con que lo miraba, y por lo cual es muy verosímil que aumentada su ira, lo mandara matar. Los mismos que no dan ascenso á su asesinato, estan conformes en que mató al partir á Cacamatzin, Totoquihuatzin y demas prisioneros, y supuesto que todos eran inocentes, lo mismo que á ellos los mandó matar, pudo tambien hacer con Motecuhzoma.

El verídico historiador Fr. Bernardino de Sahahun, que escribió cuando estaban frescos los sucesos, que por su carácter sacerdotal y nacionalidad española presta todo género de garantías, dice á este respecto: "Desta manera se resolvieron los españoles á morir ó vencer valerosamente y así hablaron á todos los amigos indios y todos estuvieron firmes en esta determinacion; y lo primero que hicieron fué QUE DIERON GARROTE A TODOS LOS SEÑORES QUE TENIAN PRESOS y los echaron muertos fuera del fuerte, y ántes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas y les hicieron saber su determinacion, y que dellos habia de comenzar esta obra, y luego todos los demas habian de ser muertos á sus manos." El

de la noche, brotaron innumerables canoas bien tripuladas por las acequias, millares de combatientes por las calles y azoteas.

La determinacion del general habia salido contraproducente: la noche que no les habia escudado para ser sentidos, les impedia con sus sombras el acertar sus tiros, utilizar la caballería, ver el terreno y hasta conocer sus enemigos.

A duras penas pasaron aquel puente y en el acto Magarino que de él estaba encargado, mandó levantarlo para ponerlo en la siguiente cortadura de Tolteacalli; pero con el peso de las tropas y de la artillería, se habia hundido en el fango de tal suerte que parecia enclavado, siendo imposible moverlo. Habia llegado ya el ejército á la acequia siguiente y no hallando modo de pasarla, acometidos por todas partes y sin modo de seguir su marcha, se declaró allí en completa derrota.

Unos soldados á caballo, otros á nado, algunos como Alvarado por una viga (pues no es cierto lo del salto) intentaron pasar la otra cortadura de Toltecaalalopan-teniéndose por muy dichosos si lograban su intento; pues los que no caian á los golpes de los honderos mexicanos, se ahogaban sumergidos por el peso del oro que llevaban ó arrastrados por los indigenas que luchando cuerpo á cuerpo los precipitaban al agua. Cegóse parte de aquel poso con los cadáveres, la artillería y el equipage y por allí pudo pasar alguna tropa; la retaguardia no pudiendo incorporarse se volvió á su cuartel donde sitiada pereció al tercer dia.

Así es que cuando despues de largas horas de reñido combate y mortal agonía pudo verse Cortés fuera de México, se halló con que su ejército habia experimentado una pérdida de cuatrocientos cincuenta españoles, cuatro mil aliados, cuarenta y seis caballos, to-

Códice Ramirez, preciosa crónica del siglo XVI se expresa en estos términos: "..... y apenas habia acabado cuando un animoso capitán llamado Cuauhtemoc de edad de diez y ocho años, que ya le queria elegir por rey dijo en alta voz: ¿"Que es lo que dice ese bellaco de Motecuczuma mujer de los españoles, que tal se puede llamar, pues con ánimo mugeril se entregó á ellos de puro miedo y asegurándonos, nos ha puesto á todos en este trabajo? No le queremos obedecer porque ya no es nuestro Rey y como á vil hombre le hemos de dar el castigo y pago." En diciendo esto alzó el brazo y marcando hácia él disparole muchas flechas. Dizen algunos que entonces dieron una pedrada á Motecuczuma en la frente, de que murió, PERO NO ES CIERTO SEGUN LO AFIRMAN TODOS LOS INDIOS; su fin fué como adelante se dirá (pags. 89 y 90)" "..... y yendo á buscar al gran Rey Mutecuczuma, dizen que le hallaron muerto á puñaladas, QUE LE MATARON LOS ESPAÑOLES A EL Y A LOS DEMÁS principales que tenian consigo, la noche que se huyeron, y este fué el desastrado y afrentoso fin de aquel desdichado Rey tan temido y adorado como si fuere

dos los cañones que llevaban consigo, la mayor parte de las armas de fuego y casi todo el tesoro: murieron Juan Velazquez de Leon, Francisco de Morla, Francisco de Salcedo y otros buenos oficiales quedando heridos los mas de los que pudieron salvarse.

El denodado CUITLAHUACTZIN que habia sido electo décimo Emperador de México, dió principio á su gobierno, aun ántes de ser coronado, con la famosa victoria que los españoles mismos llamaron *noche triste*, y si no los persiguió hasta exterminarlos como sin duda habria sucedido, fué porque como mas de doscientos hombres, cuando vieron que era imposible seguir adelante, se volvieron á su cuartel á hacerse fuertes, tuvo necesidad de consagrar su atencion á aquel grupo que volvia á situarse en la misma capital. Una vez vencido, se ocuparon los mexicanos en limpiar su capital de los cadáveres y en tributar á los nobles que habian perecido los honores fúnebres que acostumbraban, concluidos los cuales, organizaron un nuevo ejército para que persiguiese á los fugitivos.

Cortés entre tanto no pudo ménos que derramar algunas lágrimas bajo del secular ahuehuete que se conserva todavia con el nombre de *árbol de la noche triste*, y viendo sus soldados heridos y demoralizados, permaneció en descanso en un teocalli que despues fué capilla de Nuestra Señora de los Remedios, siguiendo al dia siguiente su marcha para Tlaxcala.

Combatido por frecuentes guerrillas, falto de provisiones y temeroso de ser mal recibido por sus aliados, en virtud de llegar derrotado, pasó por Cuauhtitlan y rodeando la laguna de Tzompango, llegó por fin el siete de Julio á las cumbres que dominan el valle de Otompan. Habria andado legua y media cuando se encontró con un ejército de azteca numerosísimo: Cuitlahuactzin habia pues-

Dios." (pag. 91) (Biblioteca Mexicana tomo 3.º México 1878). Lo mismo afirman el Padre Duran, Ixtlixochitl y otros autorizados historiadores antiguos á quienes se adhiere con profunda conviccion el Sr. Orozco y Berra en su incomparable Historia de la Conquista de México (tomo 4.º nota á la pag. 437). Por otra parte el principal fundamento en que descansa la opinion de que murió de la pedrada no resiste á la mas ligera observacion: decir que no lo mataron los españoles, porque lo necesitaban y les servia de vinculo con los mexicanos, es olvidarse que las palabras de Cuauhtemoc acogidas por la multitud azteca, la pedrada y los flechazos que le dispararon el dia 27 á Mosecuhzoma, rebelaron eloquentemente que ya no ejercia ningun influjo sobre el pueblo que ya no lo obedecia, que ya tenia otro rey y que lejos de respetarlo trataba de castigarlo por su cobardia, Ademas ¿como se explica que si en realidad hubiese muerto de la herida, todos los soldados españoles que vivian en el mismo edificio no supieran su gravedad, sino que por el contrario recibieron con sorpresa la noticia de su muerte, segun refiere Bernal Diaz?

to á las órdenes del cacique Cihuacotzin mas de cien mil guerreros que denodadamente se arrojaron por todas partes contra los aborrecidos blancos. Trabóse porfiada lucha, pues los españoles, aunque pocos y abatidos, peleaban con el valor que produce la desesperacion; (1) pero aunque en aquella apiñada multitud casi desnuda las filosas espadas tendían un hombre á cada golpe, era tan grande el número de los mexicanos que no solo no se echaba de ver aquel constante destrozo, sino que ni siquiera habia espacio desocupado de guerreros. En tan apurado lance que necesariamente concluiría con la completa destruccion de los conquistadores, Cortés, siempre sereno y valeroso, fecundo en medios de victoria, recordó que le habian referido que los ejércitos mexicanos se declaraban en derrota cuando su estandarte caia en poder del enemigo. Alzóse al punto sobre los arzones y divisando á lo lejos el *tlahuizmatlaxopilli* en manos de un aztecatl que estaba sobre unas lujosas andas, se precipita sobre él acompañado de los bravos ginetes y de los capitanes Sandoval, Alvarado, Avila, Olid y Domingues y rompiendo el galope, apartando con sus lanzas á la muchedumbre, llega violentamente contra Cihuacotzin, le derriba de las andas de un fuerte bote y ya en el suelo, Juan de Salamanca le atraviesa con su espada el corazon y le arrebató el codiciado estandarte.

Los mexicanos que tal vieron, se declararon vencidos y echaron á correr, de suerte que en un momento cambióse la suerte de la batalla, no porque faltase el valor á los vencidos, sino por una de tantas preocupaciones que allanaron el camino de la conquista.

Espantosa mortandad causaron los vencedores á aquella multitud fugitiva, pues se calcula en veinte mil el número de muertos; por parte de los blancos fueron las pérdidas insignificantes.

En Hueyotlipan descansaron tres dias pasando luego á Tlaxcallan en donde se les recibió con las mismas muestras de la alegría que otras veces les habian manifestado.

(1) Durante la segunda guerra púnica, despues de la derrota y muerte de Cneo Escipion, el grupo de romanos que pudo escapar hallándose abatido en sumo grado, nombró por general á LUCIO MARCIO por ser el que daba mas muestras de valor, y cuando en tan aflictivas circunstancias, fué atacado por el ejército victorioso de Asdrubal, la desesperacion hizo un héroe de cada romano de suerte que obtuvieron un brillante triunfo, maravillándose los unos de ver huir, los otros de verse huyendo.

CAPITULO VII.

Cuitlahuactzin.—Su corto y glorioso reinado.—Terrible epidemia de las viruelas.—Cortés en Tlaxcala.—Refuerzos que recibe.—Campana de Tepeaca.—Fundacion de Segura de la Frontera.—Cuauhtemoczin.—Procura inutilmente la union de los de su raza.—Salida de los conquistadores de Tlaxcala.—Campana del valle de México.—Muerte de Xicotencatl.—Comienza el sitio de Tenochtitlan.

EL valiente Cuitlahuactzin comprendiendo que la union dá la fuerza y que el grupo de soldados que militaban bajo las banderas de Cortés era por si solo insuficiente para dominar el pais, sin el concurso de los pueblos que irreflexivamente le habian prestado su alianza, mandó inmediatamente embajadas con ricos presentes á Tlaxcala, Michihuacan y Cholollan para suplicarles se apartasen de aquellos hombres funestos, y olvidando los pasados agravios y rencores, se unieran todos para defender su nacionalidad é independencia.

Desgraciadamente el espíritu egoista, así como el ódio que profesaban al imperio aztecatl, unos por envidia de su grandeza y otros porque habian sufrido sus rigores, impidieron el resultado que era de esperarse entre pueblos de un mismo origen y de una misma civilizacion. En Tlaxcala á pesar del favorable empeño que por la liga tomó Xicotencatl, prevaleció la contraria opinion sostenida con calor por Maxixatzin fiel amigo de los blancos; y en Michihuacan apenas se dignaron hacer una oferta que no llegaron á cumplir.

La solemne coronacion de Cuitlahuactzin se verificó el 7 de Setiembre de 1520 entre las fiestas acostumbradas aumentadas con el sacrificio de algunos soldados blancos que para el caso habian reservado. Y aunque bastante se prometian del arrojo y patriotismo del nuevo rey, su coronacion se distinguió mucho de las de los monarcas anteriores: no reinaba aquella inmensa alegría con que otras veces habian celebrado esa fiesta, ni la dignidad real se presentaba con los atractivos de otro tiempo.

Al mismo tiempo Coanacotzin ocupaba el trono de Acolhuacan y Tetelepanquetzaltzin el de Tlacopán, en virtud de hallarse vacantes por los asesinatos de Cacama y Totoquiuhatzin.